

CAPÍTULO 1

—Mamá, yo no he tenido nada que ver. Solo pasaba por allí... —Miro hacia el espejo retrovisor—. ¿Qué opinas?

—No suena muy convincente. Pruebe a ponerle más emoción. —El taxista se encoge de hombros—. Suena ensayado.

Suelto un suspiro derrotado y me apoyo contra el reposacabezas del asiento.

—Gracias, Charles.

—No hay de qué, señorita Gallagher.

Cierro los ojos y pienso en cómo todo ha terminado liándose tanto. Hace tan solo dos meses, realizaba este mismo trayecto en sentido inverso, de camino hacia el aeropuerto de Edimburgo para tomar un vuelo a Florida. Allí me esperaba mi primer año de universidad.

Bueno, pues en eso se ha quedado mi año, en un par de meses, por un estúpido malentendido que ha llevado a mi expulsión.

Nunca he sido una persona muy sociable. Aunque no es que no lo intentase. De pequeña era muy extrovertida y me encantaba la gente. Cualquiera diría que vivir en un castillo me daría cierta popularidad en el colegio. Esas personas se equivocan. Vivir aquí me convirtió en la niña rarita del castillo en medio de ninguna parte. Y por supuesto, no podían faltar los macabros rumores de lo que ocurría entre estos muros. En resumen, era la paria del castillo.

Así que como podréis imaginar, hacer amigos no fue nada sencillo por mucha intención que pusiera por mi parte. Hay veces que me pregunto si hubiera sido diferente si, en vez de asistir a un colegio de un pequeño pueblo de no más de dos mil habitantes, hubiese ido a una escuela en algún sitio más grande, donde fuera más complicado ser el centro de atención. Aunque eso ya es cosa del pasado.

Cuando unas semanas antes de la graduación recibí una beca completa para estudiar en el extranjero, ni lo pensé. Esa sería mi oportunidad de empezar de cero. De hacer borrón y cuenta nueva. Y así fue. Conocí gente genial, no tardé en llevarme bien con mi compañera de cuarto, Ash, y nos apuntábamos a todas y cada una de las fiestas del campus. Oficiales, y no tan oficiales, no sé si me entendéis.

En cuanto a los chicos... Digamos que era algo nuevo para mí. Como la rarita del pueblo, no había tenido oportunidad de intimar con ningún ser del sexo opuesto hasta que fui a la universidad hace un par de meses. ¡Y madre mía! Cómo están los universitarios. Conocí a un chico en especial, con el que compartía clase de literatura. Era guapo, atlético y tenía ese rollo chulesco, pero a la vez era encantador conmigo. Salimos durante tres semanas antes de que me diera cuenta de lo que buscan los chicos universitarios: sexo. Me dejé llevar por sus palabras bonitas y sus atenciones y nos acostamos. No volví a saber nada de él. Dejó de responder mis llamadas y mensajes. ¡Incluso empezó a faltar a clase! Vamos, ghosting de manual. Así que os podéis imaginar, que por ahora y hasta dentro de lo que espero que sea mucho tiempo, el tema chicos es algo que queda totalmente descartado en mi vida.

Pero nos estamos desviando del tema. La razón por la que estoy sentada en un taxi, de vuelta a mi hogar es, como ya he dicho, mi expulsión de la universidad. Una totalmente injusta, pues digo la verdad cuando afirmo que no tuve nada que ver, pero me pillaron en el momento y lugar equivocado, y con eso fue suficiente para formarse una opinión.

Hace tres noches nos invitaron a Ash y a mí a una fiesta. Hasta ahí todo normal. Sin embargo, ese día salí tarde de la biblioteca y cuando llegué a la habitación, Ash, ya se había marchado. Tenía dos opciones, rodear el edificio de ciencias —el edificio más grande del campus—, o podía acortar por el recinto de la piscina.

No preguntéis cómo, pero sabía que dejaban abierta una de las ventanas del vestuario femenino por las noches. Por lo que decidí tomar la opción corta.

Error.

Estaba cruzando el pasillo que lleva al otro extremo del recinto cuando el hombre de seguridad me sorprendió. Al parecer, esa misma noche, la noche antes de una importante competición regional, alguien pensó que sería gracioso llenar la piscina de colorante rojo. ¿Y quién era la única a la que pillaron en el recinto? Sí, a mí. No dudaron en culparme e invitarme a abandonar la universidad lo antes posible.

—Estamos llegando —anuncia el conductor.

Abro los ojos a tiempo de ver el muro que marca el fin del terreno que rodea el castillo. Los nervios se me instalan en la boca del estómago. Para añadir más especias al asunto, no le he dicho a nadie que volvía, y por supuesto, todavía menos, el tema de mi expulsión.

No quiero ni imaginar la cara que pondrá mi madre. No es que sea estricta ni nada de eso, pero no puedo soportar la idea de decepcionarla. Y estoy segura de que esto lo hará.

La piedra gris del castillo me recibe bajo el cielo oscurecido por las nubes. A pesar de haberme hecho el paso por el colegio e instituto más complicado, es mi hogar. Y siento esa calidez en mi interior mientras nos acercamos.

El instante en que el taxi se para junto a las escaleras que llevan a la puerta principal, esta se abre y aparece Maggie, el ama de llaves del castillo, con cara extrañada. Con un movimiento del móvil, pago al hombre por el viaje y salgo del vehículo.

En cuanto la mujer me ve, su expresión cambia a una de sorpresa absoluta y comienza a bajar los escalones con energía —toda la que puede tener una mujer que debería estar más que jubilada—. Mientras, el taxista, que ha salido del vehículo, camina hacia el maletero y empieza a sacar mis maletas. El aire frío de noviembre me envuelve y me arrepiento de no tener un abrigo a mano.

—Señorita, ¡nadie me dijo que vendría! —exclama agarrando mis manos entre las suyas como muestra de cariño. Su amplia sonrisa acompaña su gesto.

Maggie es el ama de llaves del castillo desde que tengo memoria. Creo que cuando nos mudamos, ella ya

estaba aquí. Por lo que podría decirse que es más su castillo que el nuestro. Aunque a Maggie, como buena profesional que es, no le gusta que bromeemos sobre ello.

Si alguien me preguntase cómo es ella, sin duda respondería que muy chapada a la antigua. Le gustan las formalidades, las normas y las etiquetas. Así que, que muestre afecto físico conmigo, la señorita del castillo, ya es un grandísimo paso para ella. Aunque después de ser la mujer que, junto a mi madre, me ha criado, no me importaría un abrazo de vez en cuanto. Por ahora no lo he conseguido, y por mucho que ella se niegue, no pierdo la fe de lograrlo algún día.

—¿Y mi madre? —pregunto, mirando por la puerta abierta de la entrada.

—Esta misma noche vuelve de su último viaje —responde con entusiasmo.

Mi madre, Katherine Gallagher es una gran historiadora de Escocia. Ha ganado premios por algunos de sus artículos, aunque ahora mismo no sabría decir cuáles. El caso es que por su trabajo viaja mucho. Y aunque eso pudiera parecer atractivo en algunas ocasiones, en otras, a pesar de la presencia de Maggie, se hacía solitario estar en el castillo sin ella. Aunque nunca he compartido este sentimiento con nadie. Sé que le apasiona lo que hace, y no me hubiera gustado que renunciase a ello por mí.

Maggie me suelta las manos y se acerca a las maletas ya apoyadas sobre el suelo. Agradece al conductor su colaboración, agarra dos maletas y sube las escaleras con prisa, dejándome ahí plantada.

Vale, eso ha sido raro.

—Gracias por el viaje, Charles —agradezco al conductor y este cierra la puerta del maletero.

—Todo un placer —dice, inclinando una gorra imaginaria en mi dirección.

Observo el taxi alejarse por el camino de la entrada y me giro una última vez hacia la fachada del pequeño castillo. Un escalofrío me recorre la espalda, e, instantes más tarde, una brisa sacude mi pelo. Una gota me cae en la nariz, seguida de otra en la mejilla. Sin demorarme más, conociendo las lluvias de esta época del año, agarro, como puedo, las maletas que quedan sobre la grava del camino, y entro en el castillo antes de que esas pequeñas gotas se conviertan en toda una tormenta.



—Su madre no me dijo que vendría —comenta Maggie, abriendo la puerta de mi habitación.

Seguidamente, vuelve a coger las maletas que había dejado en el suelo y entra. La sigo de cerca, observando

el cuarto con curiosidad. Todo sigue igual, y un extraño sentimiento se instala en mi interior. No sé dilucidar si es por ese mismo hecho o por haber vuelto. Lo que sé es que siento una sensación agri dulce por estar aquí de nuevo. Aceptar la beca y alejarme del único hogar que había conocido se hizo duro, pero, estar de vuelta lo siento como dar un paso atrás.

Aunque, como dice mi madre cuando se encuentra contra un muro en sus investigaciones, a veces es necesario retroceder para encontrar otra dirección que tomar. Y espero, no, deseo, que así se lo tome cuando se entere de la noticia.

—No lo sabe —respondo a Maggie, dejando las maletas en el suelo, junto a las otras.

—Seguro que le alegra la sorpresa —dice con una amplia sonrisa.

—Esperemos...

A pesar de sus palabras y su expresión, noto una tensión en su cuerpo que juraría que no es habitual en ella, pero estoy demasiado cansada del viaje como para ponerme a indagar.

—Bien —exclama Maggie uniendo sus manos en una palmada silenciosa—. Ya sabe la hora de la cena. Le dejo deshacer el equipaje. Cuando termine tendrá un té esperándola en la biblioteca.

Me guiña el ojo con complicidad y mi sonrisa se hace más amplia.

No puedo hablar por el resto de castillos, ya que no conozco muchos, pero afirmo, sin lugar a dudas, que la habitación más especial de este es la biblioteca. Desde siempre ha sido mi rincón favorito del castillo. Hay algo al cruzar las puertas que me provocan calma. Supongo que podría decirse que a falta de amigos, tuve libros.

—He echado mucho de menos tus té —admito con una pequeña risa.

Alzo una de las maletas y la tumbo sobre la cama. Los cafés aguados de los estadounidenses nada tienen que ver con el increíble brebaje que prepara nuestra querida Maggie.

—No es de extrañar. —Arruga la nariz—. Allí solo beben café aguado y bebidas muy azucaradas. Nada como un té hecho por mí. La veré en la biblioteca cuando termine y así, tal vez, quiera contarme qué la trae de vuelta.



Intento alargar la tarea de deshacer las maletas lo máximo posible, pero tras dos meses fuera de casa, la mayoría de las prendas han ido directas al cesto de la ropa

sucia. No es que no lavase en Florida, pero al igual que con los téis, no hay comparación a cómo queda la ropa limpia en casa. Tal vez el hecho está en que Maggie tiene más mano, y experiencia, que yo.

Cierro la puerta del armario y dejo caer la espalda contra esta. Observo mi habitación y un sentimiento de melancolía se apodera de mí. Vuelvo a estar en la casilla donde comencé. Cierro los ojos con fuerza y busco el valor que me falta para salir al fin de mi habitación. En unas horas volverá mi madre y tendré que contar lo que ha pasado, no podré seguir posponiéndolo. «Al menos Maggie me da la oportunidad de practicar cómo se lo voy a decir», pienso con ironía.

Salgo de mi habitación y recorro el pasillo. La gruesa alfombra amortigua mis pasos y el sonido de la lluvia, contra el cristal de la ventana del fondo del pasillo, es lo único que se escucha. Cuando llego a la escalera, me permito unos segundos para observar los retratos que me han visto crecer. Y a los que he podido mirar con detenimiento en mis largos años en este castillo. Hombres y mujeres de diferentes épocas adornan las paredes de piedra. Aunque todos tienen algo en común, se muestran regios, y con una confianza que a mí ahora mismo me flaquea. Cojo una bocanada de aire, y cuando estoy a punto

de dar el primer paso para bajar, detecto una sombra moverse por el rabillo del ojo. Un escalofrío me recorre la espina dorsal.

Me giro hacia la zona, pero aparte de las escalofriantes escaleras que llevan al torreón, no hay nada. Retrocedo un par de pasos para volver a mi rumbo, pero un ruido llama mi atención. Trago saliva y, con cierta inseguridad, doy unos pasos en dirección a la estrecha escalera de caracol. Algo en mi cuerpo me pide que lo ignore y vuelva a mi intención de bajar a la biblioteca. No obstante, esa parte de mí que busca aventura es la que me empuja a asomarme a la oscura escalera.

Nunca he pasado de este lugar. No por miedo, que también, sino porque lo tenía prohibido. Podía acceder a todas y cada una de las estancias del castillo, menos al torreón. Podría decirse que ha sido la única norma que este lugar ha tenido. Y aunque nunca he sentido la tentación de saltármela, hay algo que tira de mí hacia arriba. Lo medito durante unos muy largos segundos.

Las manos me sudan de los nervios, y mi corazón se acelera, las ganas de subir van en aumento a medida que valoro los pros y contras de mi decisión. Por algo como esto fui expulsada de la universidad. Pero, por otro lado, Maggie está abajo, preparando la cena, y tan solo serán dos segundos. No me pillaré. El cuerpo me vibra con la

expectación, y supongo que sin darme cuenta ya he tomado la decisión.

Las pequeñas ventanas en la pared de piedra que envuelve la escalera ya casi no iluminan el ascenso, pero no dejo que ese detalle frene mi espontánea valentía. Siento algo extraño en mi interior, y lo achaco a los nervios por estar saltándome una norma.

Con determinación, asciendo los últimos escalones de esta interminable escalera, y me paro frente a la desgastada puerta de la torre. Agudizo el oído, tratando de encontrar algún sonido al otro lado, pero no escucho más que el bombeo acelerado de mi propio corazón.

Cuando de pequeña preguntaba por qué no podía subir, me contaban historias de los monstruos que vivían aquí arriba y secuestraban niños. Si supieras la cantidad de veces que he tenido pesadillas con ser atrapada por el monstruo del otro lado de la puerta, entenderías el valor que le estoy echando al estar dispuesta a echar un vistazo.

Aunque ahora, a mis dieciocho años, ya no creo en esos monstruos, todavía siento cierto temor instalarse en mí. Me replanteo mi decisión y estoy a punto de darme la vuelta cuando veo un pequeño destello salir por debajo de la puerta. Y así, tal y como ha aparecido, desaparece. No es un simple brillo que puede dar una linterna o una luz. Por absurdo que suene, lo más similar que me viene

a la cabeza es el polvo de hadas de Campanilla. Lo sé, una tontería. Ahora sí que no puedo dar marcha atrás, nunca he llegado tan lejos, y por lo asustada que estoy en este momento, dudo que jamás vuelva a intentarlo siquiera. Es ahora o nunca.

Sin pensarlo más, agarro el pomo y abro la puerta. Esta se abre sin oponer resistencia ni sonidos tétricos, lo que libera un poco mi tensión. «Es solo una habitación», me recuerdo.

Una única ventana ilumina, con la escasa luz del exterior, el interior de la sala. De nuevo el escalofrío me recorre. A tientas palpo la pared hasta que doy con el interruptor de la luz y la habitación se ilumina al instante. Un sentimiento de alivio me asalta.

La sala está llena de objetos por todos lados. Grandes, pequeños, cubiertos con una sábana por encima, sin cubrir... Pero para mi alivio ningún monstruo salta molesto por haberle despertado.

¿Podría decirse que acabo de superar uno de mis miedos de la infancia? Sigo aquí, así que diría que sí.

Me desplazo por la habitación con cuidado de no rozar nada. Hay objetos que deben tener casi los mismos años que el castillo, y sin duda, Maggie no se ha preocupado por mantenerlo tan impecable como el resto de salas del

lugar, pues se puede ver la capa de polvo sobre la mayoría de estos.

Mi parte aventurera quiere aprovechar el viaje para cotillear un poco. Me acerco hacia el objeto más cercano a mí, uno que está cubierto por una sábana y tiro de ella para desvelar lo que hay debajo. El polvo vuela a mi alrededor y contengo la respiración en un intento de evitar estornudar y señalar dónde estoy. El retrato de un hombre se desvela y doy unos pasos atrás para echarle un vistazo.

Por la pose erguida y la ropa, puedo afirmar que era un hombre importante, y, sin duda, nada actual. Debe ser de cuando se construyó el castillo. Tal vez fuera el primer dueño de este. Podría decirse que tiene cierto atractivo, si lo que te van son los *highlanders* de hace siglos. Me recuerda a los que decoran las paredes del castillo. No puedo evitar preguntarme por qué está aquí en vez de con los de abajo.

Sigo recorriendo el espacio, ahora con ojos curiosos, y vislumbro algunas vasijas en la estantería del fondo, al lado de un objeto más alto, cubierto por otra sábana. Guiada por la curiosidad, me acerco y tiro de ella. El polvo sobre la tela me cae encima y, no me da tiempo a mantener la respiración antes de que varios estornudos me asalten.

Frente a mí hay una robusta puerta de madera oscura. Se ve muy vieja. Más que el resto de puertas del castillo. ¿Serían así las puertas en el momento en el que el castillo se construyó?

Atraída por ella, me acerco y acaricio con suavidad el relieve del dibujo. Se trata de un árbol tallado sobre la misma madera de la puerta, tiene multitud de detalles, lo que le da todavía más mérito. Nunca me han atraído las cosas viejas, eso se lo dejo a mi madre, pero hay algo en esta puerta que me llama.

Un ruido escaleras abajo me saca de mi ensoñación y aparto la mano con el corazón acelerado. Si de pequeña le tenía miedo a esta habitación, no era solo por mi imaginación infantil, sino por las historias que entre Maggie y mi madre me contaban del monstruo que vivía aquí. Ellas incentivaban ese miedo junto con la prohibición de subir a esta habitación. Siempre he pensado que era para que no me secuestrasen, pero ahora me pregunto si hay algo más.

El característico sonido de los pasos de Maggie se escucha cada vez más cerca y el corazón se me sube hasta la garganta. Es imposible que salga de aquí sin que me vea. Plan B, esconderme.

Corro hacia la puerta por la que he entrado y la cierro con cuidado justo antes de apagar la luz. Lamento mi decisión al momento. El miedo a no estar sola en esta sala se hace presente. «Maldito miedo infantil», pienso mientras recorro la habitación, solo iluminada por la casi inexistente luz del exterior.

Un escalofrío me recorre la espalda y siento la presencia de Maggie al otro lado de la puerta de acceso. Un destello en la puerta vieja llama mi atención y me acerco sin dudar. En la cerradura se encuentra una llave. Y aunque juraría que antes no estaba ahí, ahora mismo no pondría la mano en el fuego por ello.

Una ranura de luz ilumina la habitación cuando Maggie abre la puerta al otro lado de la sala y, sin pensarlo, con la única esperanza de que no haya ningún monstruo al otro lado, giro la llave y abro la vieja puerta al tiempo que Maggie enciende la luz.

Al otro lado de la puerta solo hay oscuridad. Una oscuridad densa e impenetrable.

Con cara de sorpresa me giro a tiempo de ver a Maggie con una expresión de terror, antes de que la oscuridad me engulla por completo.

«Supongo que, al fin y al cabo, sí que había monstruo».

CAPÍTULO 2

Cuando era pequeña, le insistí a mi madre con que me comprase una tienda de campaña para poder acampar en algún lugar entre los árboles que rodeaban el castillo.

Al principio, su respuesta fue una negativa. Pero al final, como cada vez que insistía un poco, terminaba negando con la cabeza con una sonrisa y accediendo a mi petición. Y esa ocasión no fue una excepción.

Unos días más tarde, nos encontrábamos ambas a una distancia prudencial del castillo, en una tienda de campaña, siendo zarandeadas por una imprevista tormenta. Por supuesto, después de aquella maravillosa experiencia, nunca más quisimos volver a intentar eso de acampar.

Por eso, cuando abro los ojos y lo único que veo son las altas ramas de los árboles, lo primero que pienso es que debe ser un sueño. Porque ni en un millón de años

volvería a probar eso de acampar. Me fijo en los densos árboles sobre mí, iluminados por una luz tan tenue que no consigo vislumbrar si es del atardecer o amanecer.

Desorientada, me llevo una mano a la frente. El tacto de esta es frío y húmedo. Intento recordar cómo he terminado aquí, pero un dolor agudo me atraviesa la cabeza. Cierro los ojos con fuerza y tomo varias respiraciones profundas hasta que pasa el dolor.

No os voy a engañar, cuando vuelvo a abrir los ojos, darme cuenta de que sigo en la misma situación no me alivia. Tenía la esperanza de que de verdad fuese un sueño, pero el frío que me envuelve el cuerpo lo hace difícil de creer.

Con cuidado, luchando contra mis músculos contraídos por el tiempo inmóvil, me incorporo sobre mis codos y observo a mi alrededor. La humedad se filtra a través de mi jersey. Hay una neblina que rodea el claro en el que me encuentro, aunque no es lo suficientemente densa como para que no pueda ver que estoy rodeada de árboles. Miro alrededor, pero no hay ni rastro de los altos muros del castillo.

Sin comprender, deslizo con suavidad los dedos sobre la hierba que me rodea. Estos, como mi ropa, se humedecen. Es extraño. Se siente tan real que me hace dudar de

la idea de que sea un sueño. Pero no encuentro ninguna explicación para estar aquí tirada si no se trata de eso.

«Sin duda, el sueño más nítido que he vivido nunca».

Me pongo en pie, luchando contra el dolor de cabeza que amenaza con volver a aparecer. Un ligero mareo me sobreviene y busco apoyo en el árbol más cercano. Me llevo una mano a la cabeza y el frescor de esta alivia en parte el dolor.

Deslizo la mirada por el bosque que me rodea. No es que sea una experta en naturaleza ni nada de eso, pero algo en mi interior me alerta de que no estoy entre los árboles junto a los que crecí.

Una brisa helada hace que me abrace a mí misma y lamente la falta de un abrigo. Con este jersey lo único que conseguiré será una pulmonía. Si antes no sirvo de desayuno para algún animal.

Como invocado por mis pensamientos, el sonido de una rama al romperse detrás de mí hace que me enderece y me olvide del frío.

Todos mis músculos se tensan y me lleva unos segundos sacar un valor inexistente para darme la vuelta. Cuando lo hago, no veo nada. Aunque eso no me impide empezar a caminar, o mejor, casi correr en dirección contraria, con el corazón en un puño.

Tras lo que me parece una eternidad, mi cuerpo se empieza a revelar ante la intensa carrera. El aire lucha por llegar a mis pulmones y me permito darme un respiro. Desciendo el ritmo hasta pararme junto a un gran tronco. Me doblo sobre mí misma y apoyo las manos en las rodillas, en busca de ese aire que mis pulmones exigen.

No soy una persona muy deportista que digamos, así que no sabría decir que si he estado corriendo cinco minutos o veinte. Lo que sí puedo afirmar es que ahora estoy más preocupada por recuperarme de la carrera que por cualquier animal que pueda estar acechando. De todos modos, no hay mucho que pudiera hacer, cualquier animal que me quisiera atacar ganaría la pelea.

El frío ha desaparecido y noto una gota de sudor recorriéndome la nuca. Cuando mi respiración vuelve a la normalidad, intento pensar en lo que sucedió anoche, pero el dolor de cabeza vuelve con más fuerza. Me tambaleo y me apoyo contra el árbol junto a mí.

Me recuerda a la resaca tras mi primera fiesta en la universidad. Sin duda, es una agonía que no le recomiendo a nadie. Lo que no consigo comprender es cómo he terminado así. Aunque ahora, supongo que lo más importante no es cómo, sino dónde.

Cuando el dolor se pasa, vuelvo a intentar recordar qué hago aquí, o mejor, encontrar el camino que me trajo

anoche para que me lleve de vuelta a casa. Porque no nos engañemos, por muy atractiva que sea la idea de que todo esto sea un mero sueño, es una idea que empieza a desvanecerse.

De nuevo, el dolor vuelve a aparecer. Agotada, apoyo la cabeza contra el tronco. La preocupación que llevo sintiendo desde que he despertado ahoga el resto de pensamientos. Esto no puede estar pasando, simplemente no puede.

Ahora mismo debería estar en la biblioteca, hablando con Maggie sobre mi expulsión. Al pensar en ella, una imagen de su cara con una expresión de terror se cuela entre mis pensamientos, pero desaparece demasiado rápido como para poder retenerla.

Cierro los ojos con fuerza e intento controlar la sensación de ahogo. Si de verdad esto no es un sueño, seamos sinceros, tengo un total de cero posibilidades de sobrevivir aquí yo sola.

A pesar de ser capaz de apreciar la belleza que me rodea, no he tenido ningún contacto más profundo con la naturaleza que un simple paseo por el bosque. No sé hacer fuego, no sé cazar, y por supuesto, no sé cómo construir ninguna clase de refugio. Debería haber aprendido todo eso cuando era pequeña. Debería haber aprovechado la cercanía del bosque con el castillo. Debería haber sido

más aventurera como para interesarme por estas cosas. Tal vez así tendría alguna oportunidad de salir de aquí.

Me doy unos segundos para regodearme sobre mi pésima situación antes de abrir los ojos. Las altas copas de los árboles se mecen con el paso de la brisa. Desciendo la mirada y vuelvo a observar a mi alrededor. La luz del día ha ganado terreno desde que he despertado, aunque la densidad del bosque no la deja casi pasar, pero es suficiente como para saber que ha amanecido por completo.

Una parte de mí casi se alegra de que mis últimos días vayan a ser aquí, rodeada de una naturaleza amenazante propia de Escocia. Una pequeña risa se me escapa, en contradicción a mis propios pensamientos. «En menuda situación estoy metida».

Tras unos minutos quieta, noto como el frío se vuelve a asentar en mi cuerpo y me sacudo para quitármelo. Mientras lo hago, el sonido de lo que parecen voces lejanas llega a donde estoy. Al instante, me enderezo y doy unos pasos, alejándome del árbol. Parte de la angustia que siento desaparece y, es sustituida por una ligera esperanza.

—Kyla, hoy no vas a morir —me digo con convicción mientras camino, decidida, hacia el sonido de esas voces.

Tras varios minutos andando, las voces están más cerca. Despego la vista del traicionero suelo lleno de ramas y observo a mi alrededor con la esperanza de encontrarme con alguna tienda de campaña. Lo primero que haré cuando llegué a casa será tomarme un buen caldo calentito de ese que solo Maggie sabe hacer. Mi estómago ruge, apoyando mis pensamientos.

Tras varios minutos más, entre los árboles detecto lo que parecen ser los restos de un fuego. Por el humo que todavía sale de él, no debe haberse apagado hace mucho. Aunque no se ve a nadie en los alrededores. Abro la boca para gritar por si todavía me pueden escuchar cuando un sonido a mi espalda me alerta.

Sin dudarle, me doy la vuelta y me encuentro con un gran hombre detrás de mí con cara de pocos amigos.

Durante mis meses en Florida, dejé que Ash me arrastrase a clases de *kickboxing*. Y quién me diría que me iban a servir de algo. Esas lecciones se abren paso por mi mente y antes de darme cuenta estoy esquivando un ataque.

El pulso se me acelera y noto la adrenalina recorriéndome entera cuando observo su cara de confusión, que no tarda en transformarse en enfado. Con rapidez echo a correr entre los árboles. Si esta es la salvación que me espera, prefiero volver al estado de pérdida por el bosque.

No consigo avanzar más de varios metros cuando un brazo sale de detrás de un árbol y me sujeta por la cintura.

—Señor, la tengo —anuncia la voz dueña del brazo.

Me retuerzo contra el agarre y consigo liberarme lo suficiente como para asestar a mi atacante un codazo en la cara. El crujido que se escucha me indica que debo haberle acertado en la nariz. El gruñido de dolor y mi liberación me lo confirma. No pierdo el tiempo para comprobar su estado, y me obligo a salir de allí.

Esta vez no tengo ocasión de echar a correr, pues paso a estar atrapada por otros brazos. «¡Venga ya!». Me retuerzo, con la intención de repetir lo que acabo de hacer, pero esta vez, tengo mis brazos pegados contra mi torso y mi atacante no parece tener intención de aflojar su agarre ni lo más mínimo.

—¡Suéltame! —le exijo mientras me agito y sacudo con el objetivo de encontrar un ángulo para poder atacarle. Contra mi espalda siento un torso duro, los fuertes brazos del hombre no ceden ni un milímetro ante mis acometidas.

—Esta vez no se va a escapar, señorita —dice junto a mi oído con un marcado acento escocés y un escalofrío me recorre. No dejo que su amenaza me detenga.

—Ponme a prueba —contesto con furia. Sigo agitándome entre sus brazos. Con un movimiento consigo girarme y quedo cara a cara con mi atacante. Aunque algo me dice que no ha sido todo mérito mío. Por la fuerza por la que sus brazos me rodean, no creo que hubiera conseguido girarme sin que él me lo permitiera.

Alzo la mirada enfurecida y me encuentro con unos ojos del azul más intenso que he visto en mi vida. El hombre que me tiene atrapada me observa con el ceño fruncido y una mezcla entre determinación y curiosidad. Levanto la rodilla con furia, pero él la paraliza con sus piernas y me lanza una mirada de lo más arrogante que me hace querer golpearle con más ganas.

—Suéltame —ordeno de nuevo.

Sin embargo, antes de tener la oportunidad de escuchar su respuesta, alguien me cubre la cabeza con una tela y un dolor intenso me recorre la nuca antes de ser engullida por la oscuridad por segunda vez en menos de un día.

CAPÍTULO 3

Esta vez sí sueño. Imágenes de mí misma subiendo las escaleras hacia el trastero, el cuadro del *highlander*, la gran puerta, la cara de terror de Maggie, y por último, la oscuridad engulléndome. Las imágenes se desarrollan en mi cabeza como una secuencia en bucle. De pronto, otra se añade a la colección, la de unos ojos azules observándome en la oscuridad.

Me despierto sobresaltada y con el pulso acelerado. Me llevo una mano al pecho y miro a mi alrededor. Estoy en una celda casi en completa oscuridad, si no fuera por la pequeña ventana que hay en la fría pared de piedra sobre la que estoy apoyada. La luz que entra es tenue, lo que me lleva a preguntarme cuánto tiempo he dormido y, lo que me asusta más, cuánto nos hemos movido desde donde desperté. Un intenso olor a pis hace que arrugue la nariz, y, a pesar de lo cansado que noto el cuerpo, me

anima a ponerme en pie para alejarme de lo que sea que provoque ese horrible olor.

Me llevo la mano a la parte trasera de mi cabeza, y aunque no noto rastro de sangre, si siento el gran bulto que comienza a salir. El recuerdo de haber sido asaltada en el bosque se abre paso por mi mente. Me dejo caer contra la pared y cierro los ojos. Intento ordenar lo sucedido y encontrar una razón, una mínima explicación que justifique todo esto.

«No sé qué clase de pesadilla es esta, pero necesito salir de aquí».

Unas rejillas separan el espacio donde estoy del pasillo que debe llevar a la salida. Con el cuerpo dolorido y la cabeza bombeante, me acerco con lentitud. A lo lejos del oscuro pasillo veo una pequeña antorcha anclada en la pared, junto a una puerta.

«¿Qué narices?».

En ese instante, la puerta al fondo del pasillo se abre, lo que interrumpe mi desconcierto por la antorcha. Un hombre entra por ella. El corazón me palpita con una mezcla de miedo, expectación y esperanza. Con desconfianza, retrocedo varios pasos hasta estar fuera del alcance de quien sea que haya entrado.

Esto no puede ser más que un malentendido. No he hecho nada malo, tan solo necesito convencer a quien sea

que venga, lo entenderá. Por amor de Dios, no tiene sentido secuestrarme, mi madre es historiadora. No es que seamos ricas, precisamente. Por mucho castillo que tengamos.

Cuando el hombre se para frente a la celda, lo primero en lo que me fijo es en su ropa. A pesar del frío que hace, viste un kilt tradicional escocés y una camisa. «¿Con qué clase de locos me he metido?».

Aunque no hay mucha luz, reconozco en él a uno de los hombres del bosque. El de los ojos azules, para ser más exactos.

—Tú —escupo, atravesándole con la mirada. A la mierda el ir de buenas.

—Veo que se alegra de verme, señorita... —dice burión y noto la furia crecer en mi interior. Acorto la distancia entre nosotros y agarro los barrotes con fuerza. Tiene suerte de que esté aquí encerrada o le borraría esa expresión.

El recuerdo de su fuerte torso contra mi espalda se ancla en mi cabeza y un calor inexplicable se instala en mi estómago. Agito la cabeza para desechar esa sensación y centrarme en la surrealista situación que tengo frente a mis ojos.

—Por qué no abres la puerta y te demuestro lo encantada que estoy.

Un leve brillo de diversión cruza su mirada antes de volver a la indiferencia mientras desliza sus ojos sobre mí, con lentitud.

—Por muy interesante que esa perspectiva pueda parecer, no he venido aquí a eso.

—¿Dónde estamos?

—Ahora mismo se encuentra en territorio Buchanan.

¿Territorio Buchanan? ¿Qué narices significa eso?

—Debo insistir en que me desvele su identidad. Me resultaría más satisfactorio mantener esta conversación sabiendo quién es, señorita...

Le observo incrédula mientras espera paciente mi respuesta. Tiene una manera de hablar muy formal y extraña, me recuerda un poco a Maggie. Pensar en ella me trae a la mente la expresión de horror de su rostro justo antes de desmayarme. Me obligo a desechar ese recuerdo y centrarme en la situación frente a mis ojos. El hombre al otro lado de la celda es joven. No es que se trate de un octogenario de esos que llevan la formalidad en cada poro de la piel, lo que hace que su forma de hablar me descuadre todavía más.

En este punto del pasillo estamos en bastante penumbra. La antorcha le ilumina la parte derecha de la cara, lo que me permite terminar de dibujar la ligera imagen que se me formó de él en el bosque. Y para mi maldita mala

suerte, es guapo a rabiar. De ese atractivo peligroso e intimidante que atrae. Un pequeño indicio de barba asoma por su fuerte mandíbula. Tiene el pelo moreno, algo desordenado, como si hubiera pasado mal día. Tiene ese toque desaliñado que lo hace más atractivo, y le odio todavía más por ello.

—Y, estando en esta situación, ¿por qué debería darte el gusto de saber quién soy? —le pregunto con curiosidad. ¿Acaso se piensa que por el simple hecho de hablarme debo bailarle el agua? Por Dios, si me tiene encerrada en una maldita celda.

—Porque así me resultaría más sencillo tomar una decisión.

—¿Con respecto a qué? —inquiero.

—Con respecto a lo que hacer con usted.

Se me escapa una risa. Vale, el olor a orina debe estar haciéndome perder la cabeza.

—Con eso te puedo ayudar yo —le digo acercándome más a los barrotes—. Suéltame. Yo seguiré por mi camino y vosotros no terminaréis en la cárcel. —Me encojo de hombros—. Creo que es un buen plan.

Me observa impassible, sin dar una mínima muestra de lo que está pasando por su mente y eso me hace sentir incómoda bajo su mirada, aunque me mantengo con la cabeza alta.

—Con ese plan solo saldría ganando usted, pues nosotros no vamos a ir a ningún lado, y dudo que nadie la esté buscando, señorita... —insiste con su intento de saber quién soy y yo niego con la cabeza.

—Hay que ver lo insistente que eres. Si tanto te interesa conocerme, sácame de aquí, y te lo diré.

No tengo ni idea de por qué quiere saber quién soy. Pero tengo claro que si tanto le interesa, debo intentar sacar algo de todo esto.

—¿A dónde se dirigía?

—Sí, a ti te lo voy a decir —suelto, enarcando una ceja. Mi contestación empaña el hecho de que ni yo misma sé la respuesta a esa pregunta. Qué ilusa fui al pensar que esas voces del bosque iban a ayudarme a volver a casa. Si es que no he aprendido nada después de tantos años viendo episodios de mentes criminales...

—¿Qué hacía sola en el bosque? —Vuelve a asaltarme con otra pregunta. Y juro que a cada una de ellas me entran todavía menos ganas de colaborar. Decido darle la vuelta a las tornas.

—¿Qué hacíais vosotros en el bosque? —inquiero apoyándome en las rejas con falsa indiferencia y una pizca de insolencia.

—Aquí las preguntas las hago yo.

—Pensaba que estábamos manteniendo una conversación —suelto, recordándole sus palabras hace unos momentos.

Para mi sorpresa, me parece ver un ligero movimiento en la comisura de su labio, pero vuelve a la rectitud con tal rapidez que no sé si me lo he imaginado.

—Por favor, ponte cómodo, no pienso decir nada, así que tenemos para rato. —Una sonrisa impertinente se extiende por mi rostro al notar la visible molestia en su expresión. Permanece estático en el sitio, lo que me indica su interés por conseguir respuestas—. Cuéntame, ¿cuáles son esos planes que tenéis para mí? —pregunto volviendo a apoyar los brazos en la celda con confianza.

Esta vez sí esboza una sonrisa, aunque arrogante.

—Eso no es de su incumbencia, solo debe responder mis preguntas.

—Hombre. —Frunce el ceño—. Teniendo en cuenta que es de mi vida de la que hablamos, estaría bien saber qué me espera. ¿Soltarme entra en vuestros planes?

—Depende de sus respuestas.

—¿A qué preguntas? —inquiero.

—¿Quién es, señorita?

—¿Por qué mi identidad te interesa tanto?

El hombre da unos pasos en mi dirección y se para a escasos centímetros de mi cara. De cerca es todavía más

intimidante, pero ni en un millón de años dejaría que lo notase. Trago saliva y mantengo la mirada fija en sus ojos azules que centellean en la penumbra del pasillo.

—Porque es lo que le dará la llave de la libertad. O no.

Analizó su expresión, pero no detecto más que verdad en su mirada. ¿De verdad es tan sencillo?

—¿Solo con mi nombre podré salir de aquí? —pregunto con desconfianza.

En silencio, asiente. Un atisbo de esperanza se instala en mi cuerpo. Siento que hay gato encerrado, pero la posibilidad de que se dé cuenta de su error cuando le diga mi nombre, sobresale por encima de las dudas. Si hay algo que tengo claro es que yo no debería estar aquí. Todo esto ha sido un error y frente a mí tengo la oportunidad de salir de esta celda.

—Me llamo Kyla Gallagher —respondo sin apartar mi mirada de la suya.

Para mi pesar, el hombre parece perder todo interés en la conversación. Chasquea la lengua, e incluso veo decepción en su mirada. En silencio, me analiza una última vez antes de girarse y comenzar a alejarse por el pasillo. Agarro los barrotes con más fuerza, no dispuesta a dejar la conversación ahí.

—Dijiste que si te daba mi nombre me soltarías.

El hombre se para junto a la puerta.

—Dije que podría darte la libertad. No que lo fuera a hacer —contesta por encima del hombro antes de retomar su camino.

—¡Cabrón mentiroso! —exclamo dejándome llevar por la furia de haber sido engañada, justo antes de que la puerta termine de cerrarse.

En cuanto me quedo sola me dejo llevar por un torrente de emociones. Me asaltan una tras otra, furia, lástima, miedo, valentía... Sin embargo, hay una que sobresale por encima del resto: determinación.

Existe una posibilidad real de que no vuelva a casa, de que no vuelva a ver a mi madre, ni a Maggie. Y eso no puedo permitirlo.